

## **Domingo de Pascua: La Resurrección de Señor A2023**

Hoy celebramos la fiesta de la vida y la victoria de nuestro Señor Jesús sobre la muerte. La resurrección de nuestro Señor es el evento más grande que Dios haya realizado en la historia humana. La resurrección de nuestro Señor es el fundamento de nuestra fe y de nuestra salvación. Si Jesús no resucitó de entre los muertos, nunca habría habido fe en él. Quizás la gente hubiera estado hablando de él como lo hacemos con las personalidades importantes que han impactado la historia del mundo. Pero, eso habría sido solo un capítulo en los libros de historia.

Es porque Jesucristo está vivo que nos reunimos en su nombre esta mañana para alabar a Dios y darle gracias por el don de la vida que nos ha dado al resucitarlo de entre los muertos. Es porque la muerte no pudo mantenerlo prisionero en su abismo que nos reunimos esta mañana para dar testimonio de la verdad de que está vivo. No estamos solos. Los cristianos de todo el mundo se regocijan en este maravilloso día porque el Padre no dejó a nuestro Señor en las entrañas de la tumba para siempre. Al resucitarlo, el Padre lo ha hecho nuestro Salvador y Redentor y no hay salvación en nadie más que en él.

Este es el mensaje que San Pedro llevó a sus compatriotas, los judíos, como escuchamos en los Hechos de los Apóstoles. San Pedro les recuerda que todo lo que le sucedió a Jesús fue según el plan de Dios. Desde el principio, Dios ungió a nuestro Señor Jesús con el Espíritu Santo para hacer el bien y sanar a los enfermos. Todas sus maravillosas acciones y enseñanzas fueron a través del poder de Dios.

Sin embargo, a pesar de las buenas obras realizadas, los judíos lo mataron colgándolo de un árbol. Los apóstoles son los testigos de lo que le sucedió. Estuvieron con él antes y después de su resurrección; comieron y bebieron con él; escucharon su enseñanza y vieron sus milagros. Lo vieron muerto, pero también lo vieron resucitado. Es este testimonio que nos han transmitido para que también nosotros creamos y lleguemos a la vida eterna.

Es este mensaje que el Evangelio de hoy continúa al describir lo que sucedió ese “primer día de la semana”. Mientras los apóstoles estaban tristes y todo era sombrío para ellos a causa de la muerte de nuestro Señor, Dios intervino de manera maravillosa y lo resucitó de entre los muertos. María Magdalena, Pedro y el discípulo amado, que fueron al sepulcro de madrugada, no podían creer con sus ojos. Son tomados por sorpresa: nuestro Señor ha resucitado. Se quita la piedra del sepulcro; los lienzos y el sudario son puestos en el suelo y la tumba está vacía. Jesús ha resucitado; Cristo es restaurado a la plenitud de la vida; él está vivo.

En ese momento los discípulos comprendieron que la muerte de nuestro Señor no era en absoluto una derrota, sino una victoria de la vida sobre las fuerzas del Mal. Aunque huyeron tras el arresto de nuestro Señor; aunque se escondieron por miedo a los judíos, ahora recobraron la confianza. En ese gran día de la resurrección, les quedó claro que todo lo que le sucedió a Jesús, con su pasión y muerte, fue según el plan de Dios.

Por supuesto, estuvo el maldito Viernes Santo con sus lágrimas y emociones, pero no fue el final del episodio. ¿Quién podría resistir el poder de Dios para crear de nuevo lo que ha sido destruido por la muerte? No; Dios no pudo sino resucitar a nuestro Señor Jesús y confirmar la veracidad de sus enseñanzas y acciones. Ninguna tumba podría tener el poder de impedir que la vida de Dios brotara y nos alcanzara. No; Jesús no era

un mentiroso; verdaderamente fue enviado por el Padre para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Todo lo que dijo e hizo vino verdaderamente del Padre.

Ahora, todos entendemos que estaba destinado a ser de esta manera. La muerte de nuestro Señor en la cruz no fue un mero destino, sino un don de sí mismo al Padre para el perdón de los pecados del mundo. En la resurrección, el Padre confirma a nuestro Señor como el mediador entre el cielo y la tierra, y como el único en cuyo nombre se lleva la salvación a la humanidad. Al resucitar a Jesús de entre los muertos, al mismo tiempo que el Padre revela la relación única que lo une a nuestro Señor, legitima su afirmación de señorío sobre todo el universo.

Para entender adecuadamente la resurrección de nuestro Señor, necesitamos fe. Sólo la fe puede hacernos comprender que no existe una brecha infranqueable entre Dios y la muerte, que Cristo resucitado nos conduce de la muerte a la vida, haciéndonos criaturas nuevas. Solo en la fe podemos afirmar la resurrección de Cristo. La fe no es creer sin pruebas, sino confiar en Dios más allá de cualquier prueba. Por eso la fe en la resurrección de Jesús implica esperanza, confianza y seguridad de que aun en lo peor de una noche oscura, con Dios, siempre un amanecer es posible.

La resurrección de Cristo significa que la tumba ya no es un lugar donde la muerte se cierra detrás de una piedra rodada. La piedra de la muerte ha sido removida para siempre de la tumba. Cristo resucitado ha destruido para siempre el reino de la muerte. Ha promovido la vida y consagrado a todos los que creen en él a la vida eterna en el reino de su Padre. Como una hermosa planta que brota de una semilla sembrada, así la muerte de nuestro Señor ha traído la vida al mundo.

La resurrección de Cristo significa que nuestra propia muerte física no es un obstáculo para el florecimiento de la vida de Dios en nosotros. Con el Dios de Jesucristo, ya no hay fronteras entre la muerte y la vida. Como Cristo, cuando morimos, Dios nos da vida nueva. Cristo mismo nos hace partícipes de su propia resurrección. Su resurrección es un prelude de nuestra resurrección.

Esta es la buena noticia de la Pascua, es decir, que pase lo que pase en esta vida, Dios no nos abandonará en la tumba. Él intervendrá a nuestro favor por su fidelidad hacia nosotros. Y entonces, comprenderemos que no habríamos corrido en vano; no habríamos aceptado en vano tanto sacrificio por nuestra fe; no habríamos vivido nuestros compromisos cristianos con tanto coraje, determinación y abnegación en vano.

La Pascua nos empuja a levantar la mirada hacia lo alto con esperanza, ya esperar con confianza nuestra redención. No importa lo que suframos, Dios nos levantará. La resurrección de nuestro Señor nos desafía a confiar en él firmemente ya esperar con ansiosa paciencia nuestra redención. Hay una lección importante que debemos aprender en cada sufrimiento que soportamos. Nunca hay un Viernes Santo sin Pascua. La Pascua afirma que nunca seremos abandonados por Dios, que nunca hay nada sin esperanza. ¡Felices Pascuas para todos!

**Hechos 10: 34<sup>a</sup>, 37-43; Colosenses 3: 1-4; Juan 20: 1-9**



Fecha de la Homilía: el 09 de Abril, 2023  
© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20230409homilia.pdf